

LOS ANUNCIOS Y RECLAMOS DE ESTA PLANA A PRECIOS CONVENCIONALES

OBRAS DE TEXTO

Obras científicas y literarias, Periódicos, Revistas, Memorias, Catálogos, Folletos, Manuales, y Estatutos para sociedades.

TRABAJOS COMERCIALES

Facturas, Recibos, Letras de Cambio, Libretas de inquilinato Memorandums, Circulares, Sobres, Membretes, Tarjetas anunciadoras y de visita, Programas á una ó varias tintas para espectáculos.

Talleres Tipográficos y Encuadernación

LA VOZ DE GUIPUZCOA

San Marcial, 10 SAN SEBASTIAN Teléfono n.º 24
APARTADO DE CORREOS NÚM. 44

CARTELES

anunciadores de fiestas, espectáculos y teatros.

ENCUADERNACIÓN

Encuadernaciones de todas clases, tanto en rústica como en pasta y pieles. Relieves y trabajos de lujo.



Habiendo adquirido esta casa lo más moderno en maquinaria tipográfica ofrece sus trabajos á precios ventajosísimos.

Manufactura nacional de Galletas y Bizcochos
CANTABRIA
INSAUSTI Y COMP.ª

SAN SEBASTIAN

Teléfono número 386

Folletón de "LA VOZ",
11 de Septiembre de 1912. 119

Esta obra es propiedad de la Casa editorial Maucci, de Barcelona.

Los dramas de la vida

La hija maldita

Versión española

[POR]

HENRIQUE BAYONA

—Juro á usted que digo la verdad— dijo tristemente Renaud.
—Pero ¿quién es usted que de tal modo me habla?
—Soy uno de los mejores amigos de Lucilla Mellier.
La mujer hizo un brusco movimiento hacia atrás.
—¿Cállese usted, cállese usted— exclamó con acento sombrío.— Lucilla Mellier no existe ya; soy la maldita, ¡oye usted! la maldita!
—Mañana mismo Lucilla, si usted lo quiere, su padre le abrirá sus brazos con amor: el desgraciado se agarra enérgicamente á la vida porque espe-

ra el regreso de usted con ansiedad, y quiere bendecirla antes de morir.
Lucilla miró á Renaud como si no comprendiese aquellas palabras. Después moviendo la cabeza:
—No ha dicho usted su nombre—volvió á decir.
—En otro tiempo, Lucilla, me llamaba usted su amigo, pero comprendo que no me reconozca ahora, pues tampoco Mellier ni Rouvenat me han reconocido. También he sido muy desgraciado, pero jamás he querido desesparrar. El que aquí reposa bajo esta tierra que pisan nuestros pies, murió en mis brazos pronunciando el nombre de usted. Durante diecinueve años, por él, por usted, Lucilla, por su padre de usted he llevado la chaqueta de presidente.
—Juan Renaud!—gritó Lucilla con acento tembloroso.
—Sí, Lucilla, Juan Renaud, pero que ha cambiado de nombre. En Frémicourt se me conoce por el mendigo Mardoche.
—¿Mardoche! ¿y por qué este nombre?
—Sería muy largo de explicar, Lucilla, más tarde lo comprenderá y lo adivinará usted todo.
La infornunada mujer bajó la cabeza con tristeza.
—Nos reunimos en este cementerio—exclamó con lúgubre tono.—tres víctimas de Jacobo Mellier: ¡Un muerto y dos vivos!
—Es preciso olvidar el pasado, Lucilla, y no pensar más que en el porvenir.
—Juan—replicó Lucilla—á usted le

queda una hija, una hija muy hermosa —la he visto dos veces—puede usted, por lo tanto, pensar en el porvenir. Yo nada tengo que esperar.
—¿Tiene usted un hijo, Lucilla.
—¡Perdido!—murmuró ésta con doloroso arranque, mientras que un solloso se escapaba de su pecho.
—¿No ha comprendido usted, Lucilla, por qué le decía hace un momento que sus sufrimientos habían concluido? Es verdad que ha perdido usted á su hijo, del que mejor dicho, le separaron el día que cayó usted moribunda sobre la nieve en el camino de Vesoul á Gray.
—¿Cómo sabe usted eso?—exclamó Lucilla con agitación.
—¡Iba usted á morir—continuó Renaud—cuando acertaron á pasar unos saltimbanquis que la recogieron.
—¡Ah! sí—murmuró entre dientes.—los saltimbanquis... ¡Unos miserables! ¡Me robaron á mí hijo!... ¿Qué han hecho de él los infames?
—Unos desgraciados, el más pobre, el más insignificante, Jerónimo Greluche, recogió al hijo de usted...
—¿Me lo robó con el dinero de Rouvenat!—exclamó Lucilla.
—Esoche me usted, Lucilla: Greluche no ha hecho del muchacho un saltimbanquis, lo ha criado con el cariño de un padre. Hoy día el hijo de usted es un joven distinguidísimo, instruido, honrado, un gran corazón, poseyendo los sentimientos más elevados...
—Juan, Juan—gritó Lucilla con voz conmovida—¿existe, pues, mi hijo?
—Sí.
—¿No me engaña usted?

—Y, ¿por qué había de engañar á usted, Lucilla?
—¡Ah! no sé... ¡pero me han mentido ellos tanto...
—¿Quiénes son ellos?
—Los saltimbanquis.
—¿Cálmese usted, Lucilla: Juan Renaud la quiere, la respeta y no pretende engañarla: sí, Lucilla, su existe; ¡por la memoria de mi pobre Genevieve, por la felicidad de mi hijo, se lo juro á usted!
—Creo á usted, Juan, sí, quiero creerle... Pero si por cualquier fin no me dijera la verdad, si me engañase usted...
Lucilla cayó de rodillas sollozando amargamente.
—¿Cuánto ha debido sufrir!—pensó Juan, y cogiéndola por el brazo la obligó á levantarse.
—Venga usted, Lucilla; hemos de hablar de Edmundo.
Así, empujándola, Renaud se llevó á Lucilla saliendo del cementerio. Después, caminando lentamente, siguiéron por el sendero que antes atravesaron. Durante algunos minutos permanecieron silenciosos. Lucilla habló primero.
—Mi cabeza arde—dijo—mi corazón salta en mi pecho, pero una extraña calma me domina. Desde aquella noche fatal que caí exánime sobre el camino de Vesoul, no he sentido bienestar parecido á éste; sus palabras, Juan han sido un bálsamo vertido sobre las sangrientas llagas de mi corazón... ¡Mi hijo existe!... ¡mi hijo existe!... ¡Páreseme que no siento pesar sobre mí la maldición de mi padre y la de Dios!...

No he perdido nada la razón, pero hace años he vivido dominada por un delirio constante que no me ha permitido reflexionar... solo una idea permanecía viva: la de mi desgracia, un solo pensamiento me obsesionaba: el de mi hijo, ¡de mi Edmundo! Día y noche, sin cesar, me veía perseguida por repugnantes demonios, furias de acerradas uñas, implacables verdugos que se encarnaban atormentándome.
Hace un momento, en el cementerio, he vuelto á sentir una conmoción violenta, he creído que mi cerebro se abría; después algo como un espeso velo se le rólo, y he vuelto á tomar posesión de mí misma.
—¿Hábleme usted de mi hijo, Juan!... Sí, hableme usted de mi hijo. Puedo ahora escucharle, puedo comprenderle... ¿Cómo ha sabido usted que existe?
—Le he visto.
—¿Lo ha visto usted? ¿á mi hijo?
—Sí, y usted también, Lucilla, le vió la semana pasada.
—¿Dónde? ¿dónde?
—Se a nearby usted, Lucilla, de la noche que Rouvenat fué precipitado á un pozo...
—¿Por los Parisel! ¡qué miserables!
—¿Vió usted cometer el crimen?
—Llegué allí cuando lo habían realizado, un minuto más tarde... Pero sé que Rouvenat se salvó.
—Gracias á usted, Lucilla, que pidió socorro; á sus gritos aparecieron dos hombres, ¡no se acuerda usted?
—Sí, recuerdo ahora.
—Uno de esos hombres era yo.

—¿Y el otro?... ¿el otro?...
—Era Edmundo.
—¿Mi hijo! ¿mi hijo!—exclamó Lucilla.—¡y no le reconoció...
Después se apoyó vacilante en la espalda de Renaud. Su mirada era viva, luminosa y su rostro dirigido al cielo estaba radiante expresando una gratitud infinita.
IN
¡POBRE LUCILLA!
Pasados breves momentos, Lucilla exclamó con animado acento:
—¿Aquella noche tenté ante mis ojos todavía el velo al que hace un rato me refería. Después de haber buscado mucho tiempo á mi hijo, nada podía hacerme suponer que estuviese tan cerca de mí. En aquel instante el peligro que corría Rouvenat me había hecho olvidar mi prudencia; perdí, estoy segura, la razón. No tuve tiempo de ver el rostro de mi hijo y no vi más que las barbas de usted. ¿Qué pude decir? no me acuerdo. Pero estaba segura de que si mi viejo amigo Pedro podía ser salvado lo sería por usted; me alejé, pues, rápidamente temiendo ser conocida. No sabe usted la profunda alegría que